

Los hipopótamos de Pablo Escobar, 40 años de un grave problema ambiental

el Latino Semanal

En los años ochenta, cuando Pablo Escobar desembarcó en Colombia como un capricho exótico de un temido narco-traficante. Más tarde, Pepe —un des-cen-diente dís-colo— se con-vir-tió en el más fa-moso de la manada cuando lo cap-tu-ra-ron. Desde enton-ces, el país ha cam-biado de Cons-ti-tu-ción, de pre-si-den-tes y de gue-rras, pero cua-tro dé-ca-das —y varios cor-res-pon-sa-les— des-pués, el titu-lar sigue in-tac-to: “Colom-bia no sabe qué hacer con los hipo-pó-ta-mos de Pablo Esco-bar”. Da igual cuán-do lea esto.

La his-to-ria empezó en la Hacienda Nápo-les, a 150 kiló-me-tros de Mede-llín, donde Esco-bar —poseído por el espí-ritu de un Noé mega-ló-mano— montó un zoo-ló-gico pri-vado con rino-ce-ron-tes, ele-fan-tes y otros bichos com-pa-dos

ESCÚCHALO AQUÍ* en el mer-cado ile-gal in-ter-na-cio-nal. Los hipo-pó-ta-mos en-con-tra-ron en el entor-no del río Mag-da-lena un paraíso ines-pe-rado: agua abun-dante, ausen-cia de de-pre-da-do-res y un clima per-fecto para re-pro-du-cirse. Tras la caí-da de Esco-bar y el aban-dono de la hacienda, algu-nos es-ca-pa-ron de los estan-ques que los con-te-nían y toma-ron el río. Y, con el tiempo, los cua-tro se vol-vie-ron de-ce-nas. Hoy son 169. Serán 1.000 en 2035. Y, si no se hace nada, se con-ta-rán 1.300 en 2060.

Los hipo-pó-ta-mos han vuel-to a la con-ver-sa-ción pú-blica. Si es que alguna vez se fue-ron. El Gobier-no de Gus-tavo Petro, ya en su recta final, tam-poco ha logrado resol-ver el pro-blema de la espe-cie in-va-sora más cé-le-bre —y pesada— del país. A fi-na-les de noviem-bre, El Espec-ta-dor les dedicó un exten-so repor-taje que abría con la his-to-ria de



Algunas mujeres no pueden cumplir con sus rutinas diarias y, a menudo, tienen pensamientos recurrentes de suicidio

Luis Díaz, un cam-pe-sino anal-fa-beto ata-cado por un hipo-pó-tamo mien-tras reco-gía agua en el charco de una finca, una mañana de mayo de 2020. Casi lo mata. “Todo el pri-mer año no podía escu-char el nom-bre del ani-mal por-que se ponía a llo-rar”, con-taba su madre.

El repor-taje tra-zaba tam-bién el mapa de las posi-bles sali-das, todas cono-ci-das y todas pro-ble-má-ti-cas. La anti-con-cep-ción con un fár-maco que requiere va-rias dosis —y que cuesta un dine-ral— logra-ría la erra-di-ca-ción en unos 45 años. La cap-tura y este-ri-li-za-ción, que re-quiere al menos de 12 per-so-nas y seis horas de ciru-gía noc-turna en un ani-mal de tres tone-la-das, es un esfuer-zo titá-nico. O la euta-na-sia, defen-dida por parte de la comu-ni-dad cien-tí-fica



como la vía más efi-caz, pero que tiene en con-tra a los sec-to-res pro-gre-sis-tas y ani-ma-lis-tas de la socie-dad colom-biana.

En ese enredo anda el Gobierno de Petro, que pro-me-tió una estra-te-gia defi-ni-tiva y res-pe-tuosa con los peli-gro-sos hipo-pó-ta-mos: tras-la-dar una parte de la pobla-ción a san-tua-rios en el exte-rior y con-tro-lar el

resto anti-con-cep-ti-vos. Se ha-bló con Ecua-dor, Perú, Fili-pi-nas o la India, pero nin-gún país ha cerrado el trato: es un pro-blema tam-bién para ellos. Los cien-tí-fi-cos cri-ti-can que más allá de la inten-ción no hay plan, ni pla-zos, ni finan-cia-ción. Mien-tras tanto, la pobla-ción crece, las espe-cies endé-mi-cas están ame-na-za-das, los ata-ques se repi-ten y cre-

ce la urgen-cia de hacer algo.

A pie de calle, un hipo-pó-tamo de alam-bre rojo de una tone-lada reci-be a los visi-tan-tes del Museo Nacio-nal, en Bo-gotá. Es un recor-da-to-rio del pro-blema ambien-tal y la prueba de que el ani-mal dejó de ser solo una espe-cie in-va-sora para con-ver-tirse en algo más: un sím-bolo que inco-moda y fas-cina a la

vez. De hecho, hace solo unas sema-nas varios artis-tas colom-bia-nos, ins-pi-ra-dos en los hipo-pó-ta-mos, inau-gu-ra-ron una expo-si-ción que juega con tape-tes, foto-gra-fías, cua-dros y hasta boñi-gas del ani-mal, que han resul-tado ser el hábi-tat ideal para un hongo alu-ci-nó-geo. Para re-ma-tar el sim-bo-lismo, el artista Camilo Res-trepo pre-sentó los excre-men-tos en forma de far-dos.

Colom-bia, siem-pre há-bil en explo-rar su con-tra-dic-ción. Un país que con-vierte el pro-blema en metá-fora, en objeto esté-tico, en refle-xión in-có-moda de su pro-pia his-to-ria. En memo-ria. Da igual cuán-do lea esta carta: los hipo-pó-ta-mos —y, de algún modo, todo lo que los trajo hasta aquí— segui-rán ahí.

La Oración de protección

La Luz de Dios me Rodea; el amor de Dios me envuelve; el poder de Dios me protege; la presencia de Dios vela por mí. ¡Dondequiera que estoy, está Dios!